

mios, pues le lloraban tanto, ó debían de ser tan locas como él, que pretendió con caballos de cera vencer á los del poderoso Faeton.

Con estas ceremonias y llores eché el sello y confirmé la opinion de ser mi abuela, y aseguré mi herencia, que bien pienso yo que cuanto ha que hay lloraderas en el mundo, sean precisas, sean voluntarias, sean alquiladas, sean insertas, no ha habido lloradera mas bien pagada que Justina.

APROVECHAMIENTO.

Nota las falsas lágrimas de una mujer, las astucias de una doncella, la codicia de una mozueta, sus embustes y mentiras, y todo te sirva de escarmiento y de aviso.

CAPITULO V.

Del sacristan importuno.

Seguidilla cortada.

Señor sacristan, vay con el dia-
Que no quiero horas que cuestan ca-

Ya que la gente, despues del entierro, me trajo á mi casa, y tuve segura posesion del arca del tesoro y del tesoro del arca, paseé toda la casa muy bien, y vi el mueble, que era poco, pero no malo. Verdad es que los vestidos estaban mas á propósito para sacar de ellos polilla que dinero. Estando mirando lo que en casa habia, llamé á la puerta el sacristan, que era una sal, digo en el calor, que en la gracia era una salmuera: lindo talle para un trasgo. El sacristan, mas asacristanado que comí en toda mi vida, era lego, soltero, aunque á los principios no se atrevió á soltar. Venia el bueno del hombre por el dinero del entierro, que eran cinco ducados, en honor y reverencia de los cinco sentidos corporales. Habléme con tres mil retruécanos y cortesias, dicho todo con una manera de angustia, que entendí que era segundo mortuorio á humo muerto; en resolucion, él me dijo que entonces no queria mas de un ducado, y que poco á poco le iria pagando lo demás, que queria cobrar en tres tercios la deuda; yo le dije: Señor, la limosna de la sepultura no es como alquiler de casa, que se paga á enviones, ni tampoco quiero dares ni tomares con sacristanes; no quiero censos de quita y pon con gente eclesiástica, que anda cada dia entre la cruz y el agua bendita; ve aquí todo su dinero, y váyase con la paz de Cristo.

El entonces, por complacerme, me dijo que si á mi me parecia que él queria hacerme alguna baja; yo le dije: Señor sacristan, ni quiero que me haga baja ni quita. Tome su dinero y déjeme con mi sosiego. A cada cual haga Dios bien con lo que es suyo; usted no tiene otra renta sino su trabajo, y de este dinero lo menos es lo que á él le toca; no haga franquezas que le salgan al ojo; no le dije á los ojos, porque no tenia mas que uno; y mas que era el del cañon el que le faltaba.

Estuvo el sacristan bien importuno, y para mí lo era mas, y en la presente sazon mucho mas, porque me

comian los piés por tornar á acabar de hacer escolta y visita general de las preseas que la vieja habia dejado; y se fué haciendo mas reverencias que hay en un convento de frailes.

Esotro dia tornó tan sin vergüenza como si yo le hubiera pedido por amor de un santo que me viesse. Díjome mil principios de cosas; y si alguna siguió fué decir: Señora, véngola á preguntar si ha de hacer honras á su abuela. Yo entonces hice el ademan del píojoso, y concomiéndome toda, le dije: ¿Y de qué, señor sacristan? Las mayores honras que usted y yo la podemos hacer á mi honrada abuela es no hablar juntos, que yo sé de ella que disgusta mucho que yo hable con sacristanes. Eso de honras guárdese para los caballeros y ricos, que yo no tengo sino tres sillas y dos tornos, un jarrillo, un cántaro y dos cestos y una triste ropa de cama y un vestido roto; mire si terné bien que hacer para ganar para pagar el entierro, cuanto y mas hacer honras. A él le pareció que era este buen pié para tomar la mano en proseguir su intento y hacer su oferta, y hizómela de hacer las honras á su costa y mencion; mas por la cuenta queria honrar á mi abuela en la iglesia, y deshonrarla en su casa; yo que le entendí la honorifica, le dije: Tate, señor sacristan, honrados dias viva, que así me quiere cargar de honra; yo se lo tengo á merced; honra el rey tiene harta, descuide de eso. Y por hablar mas claro, dígame, señor honrador, ¿era él el que estimaba tanto la santidad? Era él el que canonizó á mi abuela por profeta? ¿Eran estas las profecias? Pues crea que no se cumplirán en mis dias. ¿Era él el que alababa la honestidad con que me crió mi abuela? Sola una excusa tiene, y es que así como lo que el leon toca con la boca no queda de provecho, así castidad alabada de su boca no queda á su parecer sino para echar á mal. Diga, pensadero, ¿en qué pensaba cuando dió en pensar que á dos dias muerta mi abuela le de perder lo que he ganado por espacio de tantos dias? No hay enamorado que no sea loco y confiado. Este pensó que yo le dilatara con esto la cura, y que decirle que mi abuela habia solos dos dias que era muerta era darle póliza con plazos y esperanza para el tiempo de por venir. No me salió el sueño del perro; dicho y visto no me cato, cuando desde allí á otros veinte dias tornó con la misma demanda, tomando por tema el preguntarme si queria hacer el cabo de año de mi abuela. Aquí ya perdí pié para no hablar en copla, sino en el estilo de ambausan; díjele: Señor don Besugo estrujado, no me enfade, que el dia que enterré á mi abuela acabé con sacristanes para todos los dias de mi vida, y crea que un sacristan á media legua me huele á requiliternam y á neque especias; lo cual para un vivo tan ruin y pecador como yo es peor que rebueldo de descasado. ¿Adónde ó en qué calendario halló que en veinte dias se acaba el año, para venirme á acabar la vida sobre que haga cabos de años? Digo que cuando el sol tornare atrás y concluyere su curso en los veinte dias, dentro de los cuales dice que es cabo de año, entonces daré á sus

porfias cabo. Y no es poco decirle esto, que aunque sé que es imposible la condicion, con todo eso, por pensar que pensará que le prometo algo, me animo á mucho. Y avísele no me atraviese los umbrales, porque mi abuela me dejó casi concertada en Mansilla con un hidalgo honrado, que tiene ya mi honra por su cuenta, y si viene y sabe que aquí entra á ofrecerme esas honras, crea que el menor pedazo será la oreja; y mire lo que ha hecho en solos tres dias que aquí ha venido, que por conservar mi honor me es forzoso irme á Mansilla, y de hecho lo haré, que yo lo he dicho á mis vecinas, y me aconsejan que lo haga. Con esto el sacristan voló despedido de honras y provechos de cabo de año y de todos sus intentos. ¿Cuál iria su ánima!

APROVECHAMIENTO.

Un loco amor lo menos que acarrea es deshonor.

CAPITULO VI.

De la partida de Rioseco.

Sétimas de piés cortados.

Cual merceder codicio-
Que de Indias viene ri-
Cuya galera ó navi-
Trae el dulce viento en po-
Ni mas ni menos Justi-
Rica, ligera y gozo-
De Rioseco va á Mansi-

Entre la hacienda que habia en casa encontré dos obligaciones: una contra una morisca muerta, y otra contra otra viva, la cual yo conocia, y aun la temia, porque esta sabia muy bien que yo no era nieta de la vieja, sino que todo era trama, y para que no me descubriese usé de este ardid. Yo la dije: Hermana, veis aquí una obligacion de seis mil maravedis que debéis á mi abuela; ella me la dió y entregó para que cobrase de vos; pero creed que yo no os he de dar pena, porque espero que me haréis merced en otras cosas. La morisca era astuta y entendióme, y hizose esta cuenta: Si yo descubro que esta no es heredera, entrará la justicia en la hacienda, y ella por vengarse descubrirá lo de mi obligacion, para que de mí cobren el dinero, y tanto me perderé; y si callo no me hablará palabra. Visto esto, determinó callar, y calló mas que una muerta, y yo callé porque ambos teniamos buen callar. De los herederos de la otra morisca tambien pudiera yo cobrar, que abonados eran, mas no quise porque no me pusiesen alguna objeccion con que lo borrásemos todo, que esto de cobrar deudas es busca ruidos y descubre verdades. A este propósito dice la fábula que la paloma prestó al sapo en prendas de la cola la castidad, y que el sapo, no teniendo de qué pagar, y aun enfadado de verse tan casto, pidió á la diosa Venus le convirtiese en paloma. Ella lo hizo; pero por si el sapo se entonase, sacó del un retrato y escondióle en las aguas del Danubio, para cuando se entonase darle en los ojos con el retrato de quien fué, y que la confusion de ver quién fué y quién era le hiciese acortar de presuncion. La

paloma, viendo al sapo tan paloma como ella, pidióle su deuda y que le daria su prenda. Hubieron palabras, en que vino á decir el sapo á la paloma que era tan bueno y mejor que ella. La paloma corrida quejose á su madre natural Venus que la vengase de aquel agravio. Ella le dijo: Anda, hija, y busca en las aguas el retrato del sapo, y con esto le convencerás para que torne la castidad que le prestaste, que poniéndole delante su figura, se acordará de lo que no tuvo y lo que tiene. Fué la paloma, y como es torpe, jamás pudo descubrir el retrato; pero siempre iba y venia á buscarle, y de allí le quedó á la paloma que nunca cesa de andar solícita mirando y remirando el agua por si halla allí el retrato del sapo, para que le torne su castidad y aun su honra; lo cual ha sido causa que muchos cazadores maten palomas embebidas en mirar las aguas. Veán aquí en qué para pedir deudas; en no cobrarlas y recibir afrenta, pues el sapo, tras no volver á la paloma su castidad, la dijo injurias, y puso á pique de que el cazador la mate. Por eso no quise yo ser paloma en pedir deudas al sapo.

Bien creerás que con tan buena ayuda de costa concluiría bien mi pleito y sacaria sentencia en mi favor. Así fué, y tan favorable, que solo mi generoso gusto pudiera hacer tal efecto, que, como dice el refran, trae la bolsa abierta, y entrásete ha en ella la sentencia. Concluso el pleito, hice la almoneda; el almoneda, afeitando primero todo el ajuar y emprensando la ropa de lino, y como se vendia en parte oscura, pasó como cuarto falso. Debióme este de valer otros trecientos reales, sin ocho ducados que pagué, porque los debía la vieja del alquiler de la casa, y aun para estos lice que me tomasen para en parte de pago unos cachivachos que no podia vender, requiriéndolos que yo me habia de ir á servir á Mansilla, forzada de mi pobreza, y que no habia otra cosa de qué pagar. Entre otras cosas les hice tomar en pago una albarda vieja de mi burra en tanto precio como si fuera nueva. Mas ellos se conformaron, diciendo: La mala paga siquiera en pajas, cuanto mas en albardas.

Partí de Rioseco á Mansilla en burra propia, con sentencia favorable y con trecientos ducados, poco menos. ¿Qué te faltaba, Justina, sino sarna? Vine cantando las tres ánades madre. No dejaba de tener algun recelo de cuán mal recibida habia de ser. Bien se me ofreció enviar delante de mí presentes á mis hermanos y algun recaudo amoroso; mas no era yo tan cuerda que imitase á otro mejor que yo, el que por gran temor de su hermano, yendo rico y poderoso, le envió presentes, para que dádivas ablandasen peñas. Antes me pareció como á necia que tanto me perdiera y diera nota de que habia ganado mucho en poco tiempo, que es cosa de mucha nota en mozas cual yo era, y aun no pudiendo esconder que el burro era mio, dije que me le habia encargado una vieja, la cual, cuando se murió, me dijo se le vendiese y se le hiciese decir de misas; y fué donoso cuento, que cuando mis hermanos me preguntaron la primera vez lo del borrico, estaba delante un clérrigo, y como me oyó decir que le habia de vender para

decir misas, me salió á la parada, ofreciéndose á decir las á cuenta; mas yo le dije: No, señor, que han de ser misas con diácono y subdiácono, y en su aldea no hay lugar para tanto. Si esto no digo, cogido me había el cura. Entré en mi casa, recibíeronme, vivía, y aun á penas. Con todo eso me temian, por ver que me había sabido valer de rey y de iglesia, pues traje carta de excomunion para los ladrones de fuera, y ejecutoria contra los ladrones de adentro. En virtud de la sentencia, nombé un curador á mi gusto, que era un hombre de armas, á quien yo conocia muy de atrás, y á la sazón estaba conmigo muy adelante en voluntad, y no le nombé tanto por finezas de amor cuanto porque, para defender mi hacienda y persona, tenia armas y dientes contra aquellos galeotes, mis hermanos, cuya cólera creció con el nuevo enfado de la sentencia favorable. Este hombre de armas era viudo y estaba de asiento en Mansilla, y posaba en la misma casa de mis hermanos, y aun la sustentaba, no de comida, sino de juego. La voluntad que yo le tenia era sana y sincera, aunque no poca, que verdaderamente las mujeres, si no nos previerten, sabemos querer sin ofensa de Dios mucho tiempo, sino que no nos entienden, que nosotras somos como mariposas, que querriamos tratar el fuego sin quemarnos. Con esta letura acudia á él en todas mis necesidades, y aunque el hombre me amparaba de merced, con todo eso me pareció que me importaba buscar marido que le doliese mi hacienda y me amparase de justicia, por lo cual determiné mudar estado y meterme en la órden de matrimonio. Algunas amigas mías me daban modos de devociones para casarme; mas viendo que eran muchas de ellas de risa, las dejaba; hallé por mi cuenta que son mas las recetas de devocion para casarse que las que hay para dolor de muelas. Acuérdomme

que hice azotar á una mujer porque me dijo que madrugase la mañana de San Juan, al punto que alboreaba, y que cual fuese la primer cosa que viese, tal sería mi novio. Madrugué, y lo primero que vi fué un borrico que venia rozando; esperé otro poco, y pasó un sacristan capon. Tómame la esperanza para bien matrimoniar. Dejéme de estó, y dí en hacer las romerías cosas, que son ir á las mas léjos, parte por alejarme de aquellos verdugos insertos en hermanos, parte por poder decir que el marido traído de léjos es precioso. Imité en esto á la tórtola, que cuando está descasada se aleja de su nido y no vuelve á él hasta venir enmaridada. Esto de encontrar con buen marido es como quien compra melones, que ni el hombre sabe si el melon que compra está maduro ó verde, ni si es todo pepita ó todo carne. Solo dice que el melon ha de tener tres calidades, pesado, escrito y oloroso, y á esta cuenta buen marido encontré yo; porque en lo que toca á escrito, no habia otro mas escrito en España, pues lo estaba en mas de veinte compañías de soldados, y á las menos habrá servido, y aun la frente traía escrita con cuchilladas; pesado, no lo era poco; oloroso, tambien lo era, que de ordinario traía una poma porque no le oliese mal una fuente, y le duró la poma hasta que un dia la jugó al treinta y uno; mas no por eso dejó de oler, que como quedó pobre, olía á picaro á cien pasos, que todo es olor, ó bien ó mal.

APROVECHAMIENTO.

Pondera el gran descuido de tomar santas devociones para encaminar á Dios el matrimonio santo, por lo cual hoy dia tienen los matrimonios fines tan aviesos y desgraciados.

LIBRO CUARTO.

LA PICARA NOVIA.

CAPITULO PRIMERO.

Del pretendiente tornero llamado Maximino.

Redondillas de solos dos consonantes, de mano de Justina.

Un Maximino de Umenos,
Por ir de menos á mas,
Quiso, ni poco menos,
Poseer en mi lo mas.
Fingióme ser, cuando menos,
Mendoza, Guzman, y aun mas;
Mas todo fué por demás,
Porque era un pelon, y aun menos.
Yo le dije no haya mas,
Señor mínimo de menos,
Que ni tengo amor de mas,

Ni tengo seso de menos.
Y no me torne aquí mas,
Señor tornero; á lo menos
Visite mi casa menos,
Si quiere no tener mas.
Dijo Umenos: A lo menos
No me quitarás jamás
Que te quiera mucho mas,
Cuanto me quisieres menos.
Si así procedes de hoy mas,
Tal es lo mas cual lo menos,
Ruégote vamos á menos,
No me envides mas y mas;
Ni mates ni mueran mas,
Que Dios nos hizo de menos,
Y aun es poco mas ó menos
Lo que va de mas á mas.
Y si es extremo tu mas,

Y es otro extremo mi menos,
Estima menos tu mas,
Porque valga mas mi menos.
Que aunque yo te viera en menos,
Y me viera á mi en lo mas,
En mi mas tuviera menos,
Porque entraras tú en lo mas.
Sube un poco mas mi menos,
Baja un poco mas tu mas,
Y con eso desde hoy mas
Umenos no será menos.
Porque siendo tú algo menos,
Y yo tambien algo mas,
Creeré yo tanto mas
Cuanto tú fueres de menos.
Aquesto me dijo Umenos,
Y trecientas cosas mas,
Y aunque nunca me amó mas,
Nunca yo le quise menos.

Dos cosas hay en los pueblos pequeños que no se pueden esconder, almoneda y moza casadera; y como me olieron á víspera de novia, iban y venian pretendientes como la vanagloria. El primer pretendiente mío, á lo menos de los primeros, fué uno tan falto de hacienda y traza cuan sobrado de amor y buen despejo, mocito espigado, barbiponiente, bermejolo, pintojo, espadachin, no mal talle, sino que tenia la cabeza chica, que parecía porro de laves, señal de poco seso, y la cara hoyosa de viruelas, tal que parecía molde de picar botas. Llamábase Maximino de Umenos, y aun era menos de lo que parecía. Este, despues de haber hecho algunas demostraciones, no tan costosas como gracias, pensando que mi casamiento era de casta de quínola, que se hace sin descarte, ó de un blado, que se hace en el aire, me dijo, como cosa hecha sin arenga ni exordios: Señora Justísima, si usted me quiere por su criado de las puertas adentro, para almohazar su mula, ensillar su yegua, lavar sus paños, coser sus sayas y para otros oficios á esta guisa, aquí estoy, hágase su voluntad; créame que no soy perdido sino de amores, y no por todas, sino solo por voarced, á quien quiero por mi esponja. En parte me cayó en gracia el deuedo del hombre.

Díjeme que me dijese qué oficio tenia. El titubeó algo acerca de este punto; pero como era descaradillo, limpióse de saliva y de vergüenza, y díjome: Una alma conjurada no puede negar la verdad; y así sabrá usted que no tengo un oficio, sino muchos, y son mas que los de los libros de Tulio. Mis oficios tienen tiempos, como el ganado pastos; yo al verano torneo, al invierno pongo en órden lanzas, garrochones y rejonés para hacer lo que se ha de hacer en su tiempo, y aderezo garrochas pavonadas para toros, y aun si tomo un caballo entre manos, no hay quien dé mejor cuenta de él que yo. Hidalgo como el gavilan, que soy Mendoza, Guzman, Cabrera, y de ahí arriba cuanto mandare. Soy vizaíno, alavés, linda res, y mozo que no me duermo en las pajas. En esto último bien sabia yo que mentia, porque me constaba que maldito el colchon tenia en su cama, sino que dormia ras con ras sobre las pajas de un jergon, á causa de que el colchon le tenia empenado en casa de un sastre que le hizo colete, ropilla y valones para seguir su pretension. Yo

bien adiviné que este mocito no tenia caudal para ser admitido á tálamo y que todo era fruslería; mas con todo eso no le quise responder de repente, porque no me sucediese lo que á la diosa Delio, que queriéndola por mujer el dios Apolo, le desechó, por verle que venia mal vestido y á la ligera el paso de largo; y cuando ella vió que llevaba tras sí todo el ejército del cielo por criados, arrepentida juró hacer de ciertos á ciertos tiempos un gran llanto y vestirse de luto; y de aquí provinieron los eclipses y diluvios de Delio, que es la luna. Así no quise desechár á este pretendiente, lo uno por lo dicho, que debajo del sayal hay al; lo otro porque es ignorancia de damas casaderas despedir un pretendiente hasta que pique otro. Es cordura que nunca esté vacío el puesto, que taberna sin gente poco vende. Mas ya que acudieron al reclamo otros opositores de mas suficiencia y partes, yo, que estaba muy bien informada de las pocas de este barbiponiente espadachin, le llamé, y dije: Señor, yo he pensado en aquel negocio que usted me dijo el otro dia, y creo que conforme á la relacion que usted me hizo, me engañaba en la mitad del justo precio; de veras que cuando usted me dijo que era torneador en verano, entendí que ocupaba usted el tiempo del verano en torneos y justas, y parecíame bien, porque el tiempo del verano, en el cual la sangre se dilata y los miembros se desencogen, es acomodado para los ejercicios belicosos, y yo no estoy mal con personas de esa profesion; mas segun soy informada, el tornear usted en verano es que usted es tornero, y en el verano tornea trompos para los muchachos; y me han dicho que el poner usted en órden lanzas y garrochones, es que en invierno no tiene que hacer, sino aderezar estos instrumentos á quien se lo paga; y lo de dar cuenta del caballo, segun me han dicho, es que usted, si se lo pagan, engorda los caballos con zanahoria, pan de linaza y aceituna, que dicho en buen romance, es que usted es tornero de niños, garrochero de bobos y almohacen de caballos. ¿Es así como lo digo y la fama lo canta? El buen del alavés, que tenia muy poquita vergüenza, se quitó su sombrero, y dijo: Sí, señora, lo mismísimo; está vusted en lo cierto, véalo voarced si le arma el mozo. Cuando esto oí, quisiera pelarle las cejas de puro enojo; mas templéme, considerando que él hacia como discreto en buscar su remedio como mejor podia, y que yo era libre para hacer mi gusto; y por no perder ocasion ninguna que fuese de él, le comencé á dar un poco de vaya; y volviendo el rostro al sesgo como se usa entre matraquistas de la hampa, le comencé á decir veinte cosas. Sor tornasolado, le dije, dígame por vida de ese banco de botonera y por esas barbas de oropel, ¿no halló otro oficio que mas le cuadrase que el del tornero veraniego? Pues ¿tan amigo le parece que soy de maridos que tengan oficio de á pié quedo y de siempre en casa? Pues ¿no ve que siendo tornero de dos de queso, en faltándole que hacer, le enviara por cuernos al rastro para que torneara tinteros para toda la vecindad? Dígame, ¿tantos toros pensaba correr, siendo mi ma-